

## Buenos Aires - Interior. Relatos de una escisión en el imaginario territorial de la nación

Julieta Brenna\*

### Resumen

*Nos ocuparemos del diálogo intertextual a través de dos siglos en los que se percibe la insistencia de determinadas construcciones de sentido vinculadas a la espacialización de un sentido particular de la nación: el de la escisión. Si sus primeros esbozos aparecen en el Facundo, en la ensayística de la primera mitad del siglo XX se asienta en términos del conflicto Buenos Aires-interior. A su vez, reparando en la literatura de los años 60, en particular en un grupo de narradores provenientes de diversas provincias, repasaremos la redefinición de esta problemática encarnada en el espacio, en relación al fenómeno peronista. Entre ellos, nos centraremos en la figura de Juan José Hernández. A partir de este entrecruzamiento de textos ensayísticos y literarios, proponemos repensar la potencia del binomio Buenos Aires-interior para describir los modos en que la Argentina fue comprendida durante gran parte del siglo pasado.*

Palabras clave: Escisión - Buenos Aires - Interior - Espacio

### Abstract

*In this article we will focus on the intertextual dialogue through two centuries in which the insistence of certain sense constructions linked to the spatialisation of a particular meaning of the nation is perceived: the one related to the rift. If its first sketches appear in the Facundo, in the essay writing of the first half of the twentieth century it will settle down in terms of the conflict Buenos Aires-interior. At the same time, considering literature of the 60s, particularly a group of writers who came from different provinces, we will study the redefinition of this problematic embodied in space in relation to the peronist phenomenon. Among them, we will concentrate on Juan Jose Hernandez's figure. From this intersection of texts, our proposal is to rethink the binomial Buenos Aires-interior's potential to describe the way Argentina was understood during a great part of the past century.*

Key words: Rift - Buenos Aires - Interior - Space

Recepción del original: 26/04/2016  
Aceptación del original: 07/11/2016

---

\* Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani".  
E-mail: julietabrenna@gmail.com

## Primera aproximación

La nación argentina como unidad intrínseca o como el constructo ficticio que acarrea una fractura inherente para la cual no existe sutura posible. Es este el dilema original que se remonta a los enfrentamientos -no sólo armados sino también en el orden de las ideas- con los que se inicia la historia de nuestro país. En relación a la ensayística esta problemática recorre el pensamiento argentino del siglo XIX y XX como uno de los conflictos en torno a los cuales se decide la condición -y posibilidad- de la nación. Pues si el *Facundo* inaugura toda una línea de pensamiento que inscribe el conflicto en términos espaciales al oponer cierto interior bárbaro a la civilización de Buenos Aires, la problemática se reconfigura con los ensayistas del siglo XX. En paralelo con la tradición ensayística -y en gran medida para acentuar o discutir sus tesis principales-, la literatura argentina ha dado cuenta de manera heterogénea a lo largo de los años y a través de sus distintas voces de la vinculación entre el interior del país y Buenos Aires.

Aludimos pues a una idea de Argentina dividida, fracturada, desde un enfoque que no es *esencialmente* ni social (como el de Matthew Karush en su libro *Cultura de clase*) ni político ni cultural. Más bien, se trata de una mirada que se delinea *a partir* de una división geográfica del espacio que, en el entrecruzamiento con diferencias sociales, culturales y políticas, teje distintas configuraciones de la idea de escisión y del modo en que los sujetos se vinculan, se mueven y comprenden el espacio en el que esa fractura se inscribe.<sup>1</sup>

Hablamos de ideas que se instalan en el imaginario, que constituyen realidad a partir de determinadas *construcciones de sentido* vinculadas a la *espacialización* de un sentido particular para pensar la nación: el de la *escisión* encarnada particularmente en el binomio Buenos Aires-interior.<sup>2</sup> Un binomio consolidado en el imaginario de una época, los años 30, que es el resultado de conflictos políticos, económicos y culturales de los cuales los intelectuales no sólo han dado cuenta sino también han participado de su configuración a partir del entramado de imágenes, figuras y conceptos de su escritura. La cultura en términos gramscianos permite pensarla como aquello que toma forma a partir de procesos sociales, políticos y económicos, *pero también* como un elemento clave a la hora de darle forma y sentido a esos mismos procesos. Desde allí, nos centraremos en el estudio de determinadas construcciones de sentido que han prevalecido en la historia de nuestras letras.

<sup>1</sup> Existe toda una línea de pensamiento en el ámbito de la Geografía que relaciona los imaginarios sociales con las configuraciones del espacio. Según su definición: "Imaginario: conjunto de 'imágenes mentales' relacionadas que confieren, a un individuo o a un grupo, un significado y una coherencia en cuanto a su localización, distribución, interacción de los fenómenos en el espacio. El imaginario contribuye a organizar las concepciones, las percepciones y las prácticas espaciales". Paul CLAVAL, "Mitos e imaginarios en geografía", Daniel HIERNAUX y Alicia LINDON (dirs.), *Geografías de lo imaginario*, Barcelona, Anthropos, 2012, p. 32. Los imaginarios son ellos mismos *construcciones de sentido* que se dan a partir de la interacción social en un momento y en una localización determinados. De allí que el enfoque en torno a lo geográfico que aquí abordamos se aleja de una mirada *cartográfica* del espacio, cuya característica principal es la de colocarse en una posición aérea, por encima del *territorio-cosa* que se busca conocer, pretendiendo una percepción objetiva. Cfr. Alicia LINDON, "¿Geografías de lo imaginario o la dimensión imaginaria de las geografías del *lebenswelt*?", Daniel HIERNAUX y Alicia LINDON (dirs.), *Geografías...* cit.

<sup>2</sup> La expresión *espacialización de los sentidos de la nación* pertenece a Adrián Gorelik, quien analiza producciones culturales, pero también políticas y estatales que dieron lugar a diversas manifestaciones de la idea de fractura a lo largo del siglo XX. Cfr. Adrián GORELIK, "Buenos Aires y el país: figuraciones de una fractura", Carlos ALTAMIRANO (ed.), *La Argentina en el siglo XX*, Buenos Aires, Ariel, 1999.

En este sentido, la idea de nación (como su configuración en el espacio) no será entendida como una instancia fija, inmutable a la que tanto la ensayística como la literatura pueden acercarse en mayor o menor medida. Su referente no está dado de una vez y por todas, sino que responde al modelo de país que acompaña las diversas apuestas políticas y culturales respecto de las construcciones de sentido. Una idea que lejos de encubrir un unitario y armónico carácter nacional, está signada por el *conflicto*. La nación no es entonces una instancia previa a su representación: ella en gran medida se constituye como tal en la letra de quienes la escriben y reescriben a lo largo del tiempo. Por eso nuestro interés no estaría guiado por la pregunta acerca de qué dicen los textos del corpus acerca de una relación dada entre Buenos Aires y el interior o sobre una idea preexistente de nación sino, antes bien, por la pregunta acerca de qué idea de nación y qué clase de vinculación entre los términos del binomio se constituyen o consolidan *a partir* de esas lecturas.<sup>3</sup>

Como hemos mencionado, la oposición entre Buenos Aires y el interior es una de las *figuras* en que la escisión de la nación fue pensada, que puede fecharse en la década del 30 de la mano de la ensayística. Un binarismo que organizó modos de leer la realidad argentina de entonces. Podría objetarse que esta figura es inapropiada para pensar el *Facundo* de Sarmiento como así también sostenerla más allá de los 30, cuando la ensayística reformula la idea de escisión para pensarla en otros términos e imágenes. Retomar la figura de Buenos Aires-interior, aunque sea a modo de hipótesis, luego de que ha sido criticada y deconstruida, es sin duda una decisión consciente.<sup>4</sup> Si decidimos partir de esta construcción que sostiene el término polémico de *interior* no es para ejercer un juicio de valor acerca de dicho dispositivo sino para rastrear el modo en que se constituyó *de hecho* en una estructura de sentido lo suficientemente poderosa para perdurar en el imaginario colectivo.

Desde ya, existen numerosos textos literarios, ensayísticos e historiográficos que aluden a la cuestión de la escisión en términos geográficos. Nuestro propósito es detenernos en algunos momentos que funcionaron como puntos de inflexión en cuanto a la condensación de significados. Así, indagaremos de qué modo algunas imágenes-conceptos vinculadas a la escisión de la realidad argentina *encarnada en el espacio* hallaron una de sus primeras expresiones en el *Facundo*. En segundo lugar, repasaremos a grandes rasgos cómo, en la primera mitad del siglo XX, dichas imágenes persistieron en el imaginario intelectual a través de las reformulaciones en el campo de la ensayística. Ello nos permitirá tender el puente para llegar al análisis de un fenómeno particular en el ámbito de las letras argentinas para replantear los términos de la problemática en un nuevo contexto histórico. Se trata de un conjunto de narradores provenientes de las provincias del interior que comienzan a ganar notoriedad como grupo en los años 60. Entre ellos, nos centraremos en la figura de Juan José Hernández y en su única novela publicada, *La ciudad de los sueños*. Novela que narra el pasaje del interior a Buenos Aires en los primeros años peronistas.

<sup>3</sup> Esto no implica sellar la problemática que atraviesa toda la historia de las ideas, esto es, la relación entre los textos y su contexto, las palabras y las cosas. Entendemos es una cuestión que atraviesa ineludiblemente nuestra reflexión, este es simplemente un punto de partida para el abordaje de los textos.

<sup>4</sup> La principal objeción al binomio es la de oponer a la capital un interior unívoco, indiferenciado. Uno de los trabajos que relativiza la potencia de esta figura es el citado de Adrián Gorelik: *Buenos Aires y el país: figuraciones de una fractura*. Más reciente, el último libro de Laura Demaría propone reemplazar el término *interior* por el de *provincia/s* para enfatizar el fragmento, la heterogeneidad y el corte que implican esos espacios tanto políticos como geográficos y culturales. Laura DEMARÍA, *Buenos Aires y las provincias. Relatos para desarmar*, Rosario, Beatriz Viterbo, 2014.

Podría objetarse que la serie elegida peca de caprichosa. Podríamos responder que, de alguna manera, toda selección es arbitraria y tiene un componente subjetivo vinculado a los propios recorridos del lector. También uno podría sugerir que todo texto literario o ensayístico argentino puede leerse en relación/tensión con el gran texto sarmientino. Sin embargo -y dejando para otra ocasión la discusión que esta última afirmación abriría-, entendemos nuestra selección puede justificarse de manera más precisa.

Con respecto a los contextos históricos de los que hablan ambos escritores en los textos seleccionados, el paralelismo entre el gobierno de Perón y el de Rosas ha sido un lugar común en textos tanto de detractores como de seguidores del peronismo. Este sistema de equivalencias se complementaba con el paralelismo establecido por la oposición intelectual a Perón entre ellos mismos y la generación del 37 como la imagen del grupo intelectual capaz de concebir un programa para reordenar el país “tras la caída del tirano”. Y justamente uno de los méritos que se elogiaba a aquel grupo era el de “haber sabido dar con una fórmula que sintetizaba principios rivales, los que dividían a la sociedad argentina entre unitarios y federales.”<sup>5</sup> En nuestro caso, retomamos el paralelo entre la época rosista y la peronista pero no nos centraremos en figuras de los mencionados grupos intelectuales. La serie que planteamos incluye, por un lado, a Sarmiento que, si bien estuvo muy cerca de ellos, no fue exactamente un miembro de la llamada generación del 37; y, por el otro, a Juan José Hernández, quien, aunque estuvo vinculado con la revista *Sur* y a sus integrantes, no formó parte del conjunto de ensayistas y escritores identificados como opositores al peronismo. Así, si los miembros de la generación del 37 supieron condensar en la oposición entre unitarios y federales las antinomias que la realidad de entonces les presentaba, entendemos que es Sarmiento quien inscribe en nuestra cultura la base para el planteo de la escisión en relación al *espacio* a partir de una serie de imágenes-conceptos que se desprenden de la fórmula civilización/barbarie. Si Sarmiento pudo, a través de estas construcciones, dar cuenta no sólo de la escisión sino también de los principios que a su entender explicaban el fenómeno rosista, un siglo después, frente a los detractores del peronismo, un escritor como Hernández ofrece una versión matizada de los cambios sociales y culturales que tuvieron lugar a partir del 45. Su novela vuelve sobre los tópicos de la fractura en vinculación con el espacio para reformularlos y presentarlos en nuevos términos.

Por otra parte, cabe agregar que estos dos escritores han nacido en el interior del país. Sarmiento en la provincia de San Juan y Hernández (*Juan José, no José*) en Tucumán.<sup>6</sup> No obstante, la redacción de los textos considerados los encuentra a ambos en lugares diferentes a los de su origen: Sarmiento lo hará desde Chile, Hernández desde la ciudad de Buenos Aires a donde se traslada para desenvolverse en su carrera literaria. Todos estos movimientos, traslados de los autores, hacen a sus *lugares de enunciación* en que ellos mismos se posicionan a la hora de escribir. En este sentido, veremos cómo dos *provincianos* de origen ofrecen diversas lecturas de la realidad argentina y de la relación entre la capital y el resto del país.

<sup>5</sup> Carlos ALTAMIRANO, “Las dos Argentinas”, *Peronismo y cultura de izquierda*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2013, p. 40.

<sup>6</sup> Casualmente, o no, elegimos un escritor que comparte apellido con el escritor canónico de la literatura argentina, cuya obra más célebre, el *Martín Fierro*, ha sido históricamente leída en serie con la obra de Sarmiento. La comparación entre *Facundo* y *Martín Fierro* ha sido -y sigue siendo- un tópico caro a los escritores y críticos argentinos.

Desde ya, el paralelismo tiene sus límites. Sarmiento escribe principalmente *contra* Rosas y con un objetivo claro: desenmascararlo para combatirlo. Por su parte, Hernández publica su novela en 1971 sobre el final de la autoproclamada *Revolución argentina*, con el peronismo proscripto hace 15 años. Esto hace a las condiciones de escritura de uno y otro: mientras Sarmiento escribe sobre y contra Rosas *durante* el gobierno rosista, Hernández remite a la época peronista pero desde otra coyuntura política. Su escritura ofrece una mirada atenta y precisa sobre qué implicó el fenómeno peronista en relación a lo que aquí nos interesa pensar: el vínculo entre Buenos Aires y el interior. En este sentido, y a pesar de las mencionadas salvedades, creemos que la serie en tanto dispositivo crítico ofrece la posibilidad de poner los textos sugeridos en relación para pensar algunas continuidades y discontinuidades en el campo intelectual de nuestras letras en relación al binomio Buenos Aires-interior.

Sin más, empecemos por el principio, es decir, con Sarmiento y su *Facundo*.

### El *Facundo* y el origen de las antinomias

En el célebre texto sarmientino, la figura de Facundo Quiroga opera como un disfraz, es la excusa para que Sarmiento se mida con el gran político argentino.<sup>7</sup> Y la posibilidad del enfrentamiento con Rosas está dada por la equivalencia entre los contrincantes: ambos ocupan el lugar del intersticio, el de la "y" del subtítulo del texto que separa al tiempo que une, pone en relación, los dos polos en los que para Sarmiento se juega lo más propio de lo que en aquel entonces empezaba a ser la Argentina: civilización y barbarie.

Para disputar el lugar a su opositor, Sarmiento precisa reconocer en qué consiste la aptitud de Rosas para gobernar, en qué acciones concretas se materializa su saber *híbrido*, su manejo de la realidad argentina desde el límite. Una sentencia sarmientina deslizada en el *Facundo* puede sintetizar ese reconocimiento: "La autoridad se funda en el asentamiento *indeliberalado* que una nación da a un hecho permanente. Donde hay deliberación y voluntad no hay autoridad."<sup>8</sup>

Sarmiento ve en Rosas ante todo un *creador*. Como señala Julio Schwartzman, frente al plagio, a la copia unitaria de lo europeo, Rosas crea sentidos para las cosas, para las palabras, él es quien crea instituciones nuevas, quien diseña la realidad que los argentinos entienden como tal.<sup>9</sup> En palabras del mismo Sarmiento, "es el Estado una tabla rasa en la que él va a escribir una cosa nueva, original: él es un poeta, un Platón que va a realizar su República ideal según él la ha concebido."<sup>10</sup>

Rosas es el creador de un nuevo orden político, social, institucional y también *simbólico*. Y esta creación comienza cuando coteja los códigos de la estancia y lo estatal. Los azotes remiten a la doma, la cinta colorada a la marca del ganado, el degüello de opositores al

<sup>7</sup> Ante la pregunta *¿por qué para explicar a Rosas Sarmiento escribe un libro sobre Facundo?* Piglia sostiene que Sarmiento nunca escribe un libro estrictamente sobre Rosas pero en realidad *no hace otra cosa* que escribir sobre Rosas. La eficacia del gesto sarmientino estaría dada por ese desplazamiento: el diálogo entre ellos está siempre ficcionalizado, es indirecto, mediado. Cfr. Ricardo PIGLIA, "Sarmiento escritor", *Filología*, XXXI, Buenos Aires, 1998.

<sup>8</sup> Domingo F. SARMIENTO, *Facundo*, Buenos Aires, Colihue, 2006, p. 128.

<sup>9</sup> Cfr. Julio SCHWARTZMAN, "Facundo y la lucha por el sentido", *Microcrítica*, Buenos Aires, Biblos, 1996.

<sup>10</sup> Domingo F. SARMIENTO, *Facundo...* cit., p. 232.

degüello de reses, etc. Rosas es el *intérprete*, es quien entiende y por eso puede *traducir* de un código al otro y así forjar nuevos sentidos.

Partiendo de este saber sobre Rosas, la pelea que da Sarmiento contra la gran esfinge argentina en el texto se establece en términos de esa capacidad sobresaliente que le reconoce al otro: la *creación de sentidos*. Sarmiento es el primero en comprender que allí, en el vínculo indisociable que existe entre *cultura* y *poder* se asienta la fuerza de su rival. Es así como Sarmiento se embarca en una serie de construcciones (creaciones entendidas como *condensaciones* que su pluma escenifica y no como invenciones *ex nihilo*) que terminarán excediendo por completo la condición de meras figuras literarias para adquirir una eficacia y autonomía propia que fueron (y van) más allá del texto, más allá del propio Sarmiento.

En ese gesto, Sarmiento está disputando a Rosas su hegemonía. Y esto porque cree en el valor que la capacidad de crear sentidos otorga para gobernar. De este modo, si Rosas *politiza la lengua* y construye una *simbólica* federal que condensa las líneas de su lectura de la realidad, Sarmiento usa el fantasma de Facundo para construir una simbólica con imágenes que condensan otro sentido de la historia y de la realidad nacional.

### Sarmiento y sus creaciones

En primer lugar, Sarmiento instituye en nuestra cultura letrada la realidad escindida en lo que podríamos llamar el binomio-matriz del texto: *civilización* y *barbarie*. En este asentamiento, que suscita toda una serie de antinomias, reside el núcleo central del *Facundo*. En el mismo acto de nombrar ese mundo dividido, maniqueo, que caracteriza a la sociedad, lo crea. Por eso para Martínez Estrada, Sarmiento ha sido el peor de los soñadores: él es un creador de imágenes que alzó puentes sobre la realidad. Él es quien instaló la ficción de la escisión cuando en realidad *civilización* y *barbarie* son dos nombres para nombrar lo mismo.<sup>11</sup> Más allá de esta valoración e independientemente de la pertinencia de la idea de realidad escindida para pensar, entender la realidad, a partir del texto sarmientino la historia argentina ha sido testigo de la permeabilidad de esta concepción más acá y más allá de la cultura letrada. Como señala Piglia, “esos grandes conglomerados de ideas, como *civilización* y *barbarie*, son las fuerzas ficticias [...] que constituyen el mapa de la realidad y a menudo programan y deciden el sentido de la historia.”<sup>12</sup>

Para explicar el origen de la *barbarie* que aqueja su presente encarnado en la figura de Rosas, Sarmiento escribe, como sostiene Oscar Terán, una *geogénesis*: una interpretación racional que da cuenta del surgimiento de la *barbarie* a partir del territorio.<sup>13</sup> Teniendo en cuenta las teorías que circulaban en el ámbito intelectual de entonces, la *barbarie* queda explicada como producto del medio en el que se desarrolla. Y este medio en el *Facundo* es la llanura, la *pampa*. En este gesto se puede leer el comienzo de lo que Jens Andermann ha llamado la *espacialización de la barbarie* cuyas implicancias van más allá de un mero acto explicativo: “La *espacialización de la barbarie* es un arma de la escritura que despolitiza al enemigo, lo despoja de su voluntad diferente y permite leer su accionar en términos de una patología geológica. El otro actúa exento de voluntad propia [...], obra conforme a

<sup>11</sup> Cfr. Ezequiel MARTÍNEZ ESTRADA, *Radiografía de la Pampa*, Buenos Aires, Losada, 2007, pp. 394-400.

<sup>12</sup> Ricardo PIGLIA, *Crítica y ficción*, Buenos Aires, Anagrama, 2006, p. 41.

<sup>13</sup> Cfr. Oscar TERÁN, *Para leer el Facundo*, Buenos Aires, Capital Intelectual, 2007, p. 58.

los instintos que le impone su medio.”<sup>14</sup> La explicación determinista de la barbarie basada en el medio impide considerar a los denominados “bárbaros” como posibles agentes del cambio. La solución ha de provenir necesariamente desde el ámbito de la civilización.

Lo que nos interesa destacar de esta asociación de la barbarie con el espacio de la pampa es la inscripción que Sarmiento realiza del binomio-matriz civilización/barbarie en el espacio. Pues, si la pampa es el espacio asociado a la barbarie, Buenos Aires será el correlato de la civilización. De esta manera, quedan *espacializados* ambos términos del binomio de esa realidad escindida con todas las implicancias que ello suscita, en el asentamiento de sentido que estas asociaciones traerán aparejadas para posteriores interpretaciones de la realidad argentina.

Segunda imagen-concepto. Después de describir las distintas regiones geográficas, Sarmiento asienta indeliberadamente, *decide*, que la Argentina *es* la pampa. Sarmiento inaugura con esta identificación y restricción del suelo nacional a la pampa toda una línea interpretativa -que Gorelik denomina “pampeano-céntrica”- que se instalará en la ensayística nacional y en el imaginario político y cultural de la sociedad casi como un lugar común.<sup>15</sup>

En tercer lugar, Sarmiento describe a la pampa como un *desierto*. En la escena inaugural en la que impone su letra en el territorio de la barbarie -la frase francesa que escribe en una de las paredes de los baños del Zonda- Sarmiento no sólo escribe en el desierto sino que escribe *el desierto*: “El desierto no es una presencia previa a la letra cuya inscripción pretende redimirlo de su silencio, sino que es inventado en el momento mismo de la inscripción y desde la letra que se concibe como su revés.”<sup>16</sup>

En cuanto al carácter de este desierto, en el *Facundo* la idea aparece una y otra vez: la pampa es un malísimo conductor de civilización para distribuirla por las provincias. Siguiendo la teoría del medio, el texto señala que el mismo tipo de escenario natural que engendra el despotismo en Asia, engendra el caudillismo bárbaro en la Argentina. El despotismo, como señala Altamirano, viene del desierto y también *produce desierto*.<sup>17</sup> Es decir, el desierto como condicionante y el desierto como resultado. Pues si para Sarmiento las características de este medio son propicias para el despotismo -su principal diagnóstico es que la *extensión* es el mal que aqueja a la Argentina- la política de Rosas profundiza esa *condición desértica* que pareciera condenar a nuestro país.

Detengámonos por un instante en la mencionada referencia a Oriente. Ella no es casual pues, como señala Piglia, para Sarmiento conocer es, ante todo, comparar. Todo adquiere sentido si es posible reconstruir las analogías entre lo que se quiere explicar (la pampa) y otra cosa que ya está juzgada y escrita (Oriente).<sup>18</sup> Y Oriente para los europeos, como la

<sup>14</sup> Jens ANDERMANN, *Mapas de poder: una arqueología literaria del espacio argentino*, Rosario, Beatriz Viterbo, 2000, p. 45.

<sup>15</sup> Cfr. Adrián GORELIK, “Buenos Aires y el país...” cit., pp. 139-140. De hecho, aquel ensayista que, como hemos señalado, reprochaba a Sarmiento haber sido el creador de las más perjudiciales ficciones, llamará a su célebre ensayo de interpretación nacional, no *Radiografía de la Argentina* sino *Radiografía de la Pampa*. En este sentido, Martínez Estrada devela cómo la identificación de la Argentina con la pampa que inaugura Sarmiento ha impregnado en la representación del espacio argentino.

<sup>16</sup> Jens ANDERMANN, *Mapas de poder: una arqueología...* cit., p. 38.

<sup>17</sup> Cfr. Carlos ALTAMIRANO, “El orientalismo y la idea del despotismo en *Facundo*”, Carlos ALTAMIRANO y Beatriz SARLO, *Ensayos argentinos*, Buenos Aires, Ariel, 1997, p. 97.

<sup>18</sup> Cfr. Ricardo PIGLIA, “Notas sobre *Facundo*”, Noé JITRIK (dir.), Adriana AMANTE (comp.), *Historia Crítica de la Literatura Argentina. Tomo IV: Sarmiento*, Buenos Aires, Emecé, 2012, pp. 99-100.

pampa para Sarmiento -que la describe sin haber estado jamás allí-, es antes que un lugar que se visita, un lugar sobre el que se ha leído.<sup>19</sup>

Oriente ha servido para que Occidente (o Europa) se defina en contraposición a su imagen. Oriente es lo *Otro* por antonomasia. La demarcación del territorio queda retratada en lo que Said describe en su célebre trabajo: “[...] la geografía imaginaria que distingue entre ‘nuestro territorio y el territorio de los bárbaros’ no requiere que los bárbaros reconozcan esta distinción. A ‘nosotros’ nos basta con establecer esas fronteras en nuestras mentes; así pues, ‘ellos’ pasan a ser ‘ellos’ y tanto su territorio como su mentalidad son calificados como diferentes de los ‘nuestros’.”<sup>20</sup>

Estas fronteras geográficas -a las que les siguen las sociales, étnicas y culturales- son las mismas que se trazan en el texto sarmientino entre el territorio de la barbarie y el de la civilización. Y si el desierto es comparado con Oriente, en el caso de Buenos Aires, la comparación se establece con Europa. De este modo, la civilización y la barbarie tienen cada una sus propios términos de comparación. Términos que remiten a un trasfondo cultural pero que se asientan en lugares definidos y situados: Europa y Oriente como antagonistas geográficos en los que se encarna la oposición.

Hasta aquí la oposición estuvo dada entre la pampa (el desierto) como epicentro de la barbarie y Buenos Aires como el territorio desde el cual se podría irradiar la civilización. Pero estos dos territorios se asocian en el texto, a su vez, con la oposición más amplia entre la campaña y la ciudad. Decíamos que el binomio civilización/barbarie actúa como matriz: cada uno de los términos trae aparejada una lista de asociaciones posibles de la realidad, formando así una tabla de opuestos. Ahora bien, el problema que enfrenta la realidad es precisamente el carácter *híbrido* que ha tomado: con Rosas la barbarie ha penetrado en las ciudades, incluso ha llegado hasta Buenos Aires. Los límites geográficos entre los dos polos del binomio ya no son tan fácilmente discernibles -hay ciudades que ya han caído en total desgracia- y ello implica el riesgo de que la barbarie termine por liquidar los gajos de civilización que aun sobreviven en la ciudad por excelencia, esto es, la capital. La rigidez del planteo maniqueo en que se sostienen las antinomias empieza así a resquebrajarse.

En este sentido, si bien todas las ciudades ubicadas en las provincias comparten con Buenos Aires la predisposición hacia la civilización, lo cierto es que, al caer en manos de los caudillos, han sido *vaciadas* de civilización, *desertificadas*. Por ello, del texto se desprende que Buenos Aires, en tanto último reparo y esperanza de la civilización, se diferencia del resto del aun difuso territorio argentino.

En este punto resulta interesante abrir un pequeño paréntesis para reparar en el lugar de enunciación del autor. Oriundo de la provincia de San Juan, la vida de Sarmiento

<sup>19</sup> En su célebre trabajo *Orientalismo*, Edward Said señala que, para Europa, Oriente fue siempre una idea que iba más allá del conocimiento empírico que se tenía sobre él. De allí que su análisis sobre el orientalismo se centre en las *representaciones* producidas en Occidente sobre Oriente y no en una investigación sobre retratos *naturales* de Oriente. Citando a Vico, Said advierte que lo que los hombres pueden conocer es aquello que han hecho. En este sentido, los lugares y regiones que conforman lo que llamamos Oriente y Occidente son, en tanto entidades geográficas, culturales e históricas, creaciones del hombre. Del mismo modo, tal como hemos señalado, en el presente trabajo no se trata de corroborar si las construcciones de sentido -tal como la imagen sarmientina de la pampa como desierto o sus descripciones- tienen *de hecho* un soporte material, sino más bien de corroborar la *potencia* de dichas imágenes para crear una realidad en tanto representaciones creídas, “conocidas” y sostenidas a través del tiempo, a partir de su configuración *en parte* discursiva, textual. Cfr. Carlos ALTAMIRANO, “El orientalismo y la idea...” cit., pp. 87-88; Edward W. SAID, *Orientalismo*, Madrid, Libertarias, 1990, pp. 23-25.

<sup>20</sup> Edward W. SAID, *Orientalismo...* cit., p. 80.

parece haber estado signada por la idea de la *exclusión*: primero, tras un rechazo a su pedido de una beca, se lo excluye del lugar privilegiado de donde surgía la intelectualidad argentina, el Colegio de Ciencias Morales de Buenos Aires, por lo cual debe permanecer en su provincia natal. Más tarde, es excluido del territorio de la patria al tener que exiliarse a Chile por su oposición al gobierno rosista. Y siempre la que lo expulsa es esa misma *ciudad* que será como una obsesión en su pensamiento: *Buenos Aires*. En ella, que no deja de excluirlo, alberga la esperanza de la patria, desde ese centro (donde Sarmiento ya se visualiza a sí mismo) ha de impartirse la civilización al resto de las provincias.

Ahora bien, volviendo sobre lo anterior, la separación tajante entre ciudad y campaña también se puede cuestionar a partir de ciertos pasajes del texto. Cuando Sarmiento describe la Revolución de 1810, señala que las mismas ciudades fueron las que activaron las fuerzas oscuras de la campaña al nombrar a sus caudillos comandantes de campaña y al convocarlas para que asistan en el combate contra los españoles. A partir de ese llamado, lo que tuvo lugar fue el desprendimiento de una nueva fuerza heterogénea, una *tercera entidad* (diferente y hostil a realistas y patriotas) que hasta entonces no había tenido ocasión de revelarse. La revolución ha servido para que se desenvuelva este instrumento ciego pero lleno de vida que hará sucumbir a aquellos mismos que lo llamaron en su auxilio. Y con ellos a la *ciudad*. En ese llamado reside para Sarmiento el origen del drama argentino, el enigma de la revolución argentina.<sup>21</sup>

Esta vinculación entre los dos polos del binomio flexibiliza los límites que los separan. Da lugar a toda una zona fronteriza entre la idea de campo y ciudad, de civilización y barbarie que representa la realidad argentina. Zona gris que puede equipararse al lugar fronterizo que quiere ocupar Sarmiento para poder gobernar; ese mismo espacio bisagra, dinámico y activo expresado en la y que separa al tiempo que une a la civilización con la barbarie.

Por último, cabe señalar que, finalmente en Sarmiento el destino de la pampa no es fatal: el desierto presenta la paradoja de ser *vacío* y pura *potencia* simultáneamente. Allí donde no hay nada se encuentra el más pingüe patrimonio: económico y estético en Echeverría, *político* en Sarmiento.<sup>22</sup> Porque Sarmiento confía en que la clave para poder gobernar se encuentra, precisamente, en el saber acerca de ese desierto, en la capacidad de *leer* y captar su singularidad, darle un *sentido* correcto. Una buena conducción política podría convertir al desierto en un nuevo elemento de unidad para la nación. En este sentido, *aquello* que separa puede ser el elemento mismo de unión. Sarmiento confía en la providencia que caracteriza a ese territorio: el desenvolvimiento histórico mismo llevará a que la civilización se imponga. Pero esto, tal como hemos desarrollado, no podrá realizarse sino conociendo ambos lados de la realidad: sólo quien, como Rosas y como él mismo, esté ubicado en la frontera entre ambos polos, podrá comprender y por ende dirigir el futuro de la patria. *Creador de sentidos* entonces a partir de su cualidad de *intérprete* de la realidad.

Este claro ejemplo del optimismo decimonónico encontrará diversos matices a lo largo de las interpretaciones que se esbozan durante el siglo XX, en las que, a su vez, la inscripción del conflicto de la nación en términos espaciales encontrará nuevas configuraciones.

<sup>21</sup> Cfr. Domingo F. SARMIENTO, *Facundo...* cit., p. 75.

<sup>22</sup> Cfr. Fermín RODRÍGUEZ, "Un desierto de ideas", Martín KOHAN y Alejandra LAERA (eds.), *Las brújulas del extraviado. Para una lectura integral de Esteban Echeverría*, Rosario, Beatriz Viterbo, 2006.

## Las dos Argentinas

Respecto de la perspectiva *pampeano-céntrica* inaugurada por Sarmiento, en la década del 20 surge una nueva versión. A partir de algunas lecturas, sobre todo de intérpretes extranjeros como Ortega y Gasset, la pampa -que sigue siendo entendida como sinécdoque de la argentinidad tal como lo era para el autor del *Facundo*- ya no se contrapone a Buenos Aires sino que esta ciudad es ahora la expresión misma de la pampa. Lo que esta nueva perspectiva de alguna manera acentúa es el optimismo decimonónico sin la condena a la llanura pues ahora, ante todo, se la vincula con la idea de *promesa*. Desde ya, el país que se piensa en estos años presenta características muy diferentes al que aludía Sarmiento, tanto en relación a los límites geográficos de su territorio como a la situación de la consolidación del Estado. Esta nueva estructura de sentido debe entenderse en el marco del contexto en el que prevaleció. Se trata de los años en que el país gozaba del éxito del modelo agroexportador. No obstante, cuando dicho modelo comenzó a mostrar sus límites y finalmente su declive a comienzos de los 30, la conflictividad entre Buenos Aires y el resto del país volvió a colocarse en el centro de la escena.<sup>23</sup>

En una década marcada por la paradoja, la crisis del sistema agroexportador y la necesidad de sustituir importaciones provocó una nueva actitud favorable desde el gobierno nacional a la diversificación productiva a nivel regional. De algún modo, se trataba de sustituir el viejo esquema de *crecimiento hacia afuera* con Buenos Aires como puerto a espaldas del país, por un nuevo impulso de modernización del interior a partir de la cual se crearían las condiciones necesarias para el desarrollo industrial de las diversas regiones como así también para la ampliación del mercado interno. Esto trajo aparejado todo un cambio en las concepciones -no sólo políticas y económicas sino también culturales- acerca de la escisión territorial que puede sintetizarse en la idea de un giro hacia el *descubrimiento del interior*. Ahora bien, la implementación de estas políticas tuvo el efecto contrario al anhelado: lo que provocó fue una mayor escisión entre la capital y el resto del país.<sup>24</sup> En dicho contexto surgió una nueva visión que resultó predominante en la mayor parte del siglo XX: la idea de la *escisión* representada en la imagen de *las dos Argentinas*, esto es Buenos Aires por un lado y el interior por el otro.

Ya hacía algunos años que las identificaciones sarmientinas de la civilización con la ciudad y la barbarie con el campo habían caído en descrédito. Frente a sucesivas crisis como la de 1890 y la posterior ola inmigratoria proveniente de Europa y concentrada principalmente en Buenos Aires, el interior había comenzado a ser identificado por la intelectualidad con el reservorio de los valores más puros de la argentinidad, mientras la metrópolis era caracterizada por un cosmopolitismo disolvente. Así, la idea de *las dos Argentinas* en su encarnación territorial dio lugar a todo un juego de oposiciones tales como país real vs. país falso, la Argentina invisible y la visible, lo superficial contra lo profundo, lo originario vs. lo exótico, etc. En este sentido, los términos de la valoración sarmientina parecieran haberse invertido: ahora era el interior la fuente de pureza y *salud* frente a una ciudad materialista, exótica y *enferma*.<sup>25</sup> Entre quienes en esos años abordaron estas

<sup>23</sup> Cfr. Adrián GORELIK, "Buenos Aires y el país..." cit., pp. 139-141.

<sup>24</sup> Cfr. Anahí BALLENT y Adrián GORELIK, "País urbano o país rural: la modernización territorial y su crisis", Alejandro CATTARUZZA (dir.), *Crisis económica, avance del Estado e incertidumbre política (1930-1943)*, Nueva Historia Argentina, Tomo VII, Buenos Aires, Sudamericana, 2001.

<sup>25</sup> Hay que tener en cuenta que Sarmiento no planteó la cuestión en esos términos pero que su escritura, tal

cuestiones se destacan los nombres de Ezequiel Martínez Estrada y su trabajo *Radiografía de la Pampa* y Eduardo Mallea con *Historia de una pasión argentina*, entre otros.

Ahora bien, cuando los agentes que protagonicen el crecimiento desmedido de la ciudad de Buenos Aires ya no sean los inmigrantes que descienden de los barcos sino los migrantes de ese mismo interior que era clamado como epicentro de la auténtica argentinidad, los términos de la oposición volverán a replantearse. El fenómeno de las migraciones internas -que crece a partir de los 30 y se expande en los años del primer peronismo- traerá cambios en las representaciones territoriales de la tensión entre Buenos Aires y el interior redefiniendo, una vez más, los términos de la oposición y sus sentidos.

### La literatura y el espacio

A partir de mediados de la década del 40, la incomodidad de ciertos sectores porteños ante el contacto cultural con ese *otro* que conforman los contingentes que llegan del interior se filtra hasta impregnarse en lo real, en muchos casos, antes de poder ser aprehendidos por los discursos interpretativos de los ensayistas. Esto se corresponde con lo que el crítico galés Raymond Williams condensa en la noción *estructura de sentimiento*, concepto que viene a dar cuenta de un dislocamiento conflictivo, la no correspondencia entre la experiencia de unos sujetos históricos y lo que el sistema dominante de valores y expectativas prescribe en ese momento como experiencia posible, asimilable, *narrable*.<sup>26</sup> En su afán por seguir los derroteros de los personajes, en su preocupación por captar las afecciones y pensamientos de las subjetividades, la literatura despliega una diferencia de *escala* que le permite mostrar ciertas claves de un fenómeno que puede resultar resistente frente a otros discursos interpretativos.

Tomando como criterio la procedencia de los escritores, entre las décadas del 40 y del 60, se pueden distinguir principalmente tres series literarias, en las que la problemática de la relación/tensión entre Buenos Aires y el resto del país está presente. *Procedencia* entendida no meramente como el lugar de nacimiento sino como la combinación entre ese lugar físico desde el que vienen junto con el espacio que su literatura constituye como origen de esa voz. Un primer grupo lo conforma lo que podríamos denominar la *cultura letrada porteña*: escritores de la ciudad de Buenos Aires; una segunda serie, la *literatura pueblerina*: los escritores provenientes de los pueblos de la provincia de Buenos Aires; por último, una tercera línea, la *literatura de cierto interior*, incluye a un conjunto de narradores que empiezan a ganar notoriedad para la crítica porteña alrededor de los años 60. Oriundos de las provincias del interior, se los consideró toda una novedad: la crítica rápidamente los diferenció del fenómeno del regionalismo y se los destacó por el modo en que dieron cuenta en su narrativa de la realidad de sus provincias. Si bien cada lectura crítica ofreció series con algunas variantes entre sus integrantes, los dos narradores que funcionan como eje, puesto que están presentes en todas estas series, son Daniel Moyano y

---

como hemos visto, permite pensarla como origen del binomio (de este modo ha sido leído, de hecho, en la década del 30). Binomio que en estos años 30 presenta una nueva fisonomía geográfica sobre todo respecto de lo que implica el término opuesto a Buenos Aires, esto es, el *interior*.

<sup>26</sup> Cfr. Raymond WILLIAMS, *Marxismo y literatura*, Buenos Aires, Las Cuarenta, 2009, pp. 174-185.

Juan José Hernández. Los nombres que más frecuentemente los han acompañado son los de Antonio Di Benedetto, Juan José Saer, Héctor Tizón, entre otros.<sup>27</sup>

Por otra parte, si prestamos atención ya no al lugar de procedencia de los autores sino a lo que Franco Moretti denomina el *espacio en la literatura* o el *espacio imaginario*,<sup>28</sup> la literatura argentina se ha concentrado históricamente en la ciudad de Buenos Aires como el *topos* privilegiado de la literatura urbana. Podríamos agregar que el espectro topográfico de nuestra literatura también ha contemplado un segundo espacio, aledaño a la ciudad de Buenos Aires: la región rural y pueblerina de la provincia de Buenos Aires.<sup>29</sup> Existe, por ejemplo, toda una serie de obras literarias donde los pueblos de la llanura bonaerense pueden ser leídos -y así ha sucedido en gran medida por parte de la crítica- como un terreno propicio para revelar, a partir de su tratamiento en términos metonímicos, los rasgos fundamentales del ser nacional. El pueblo de la provincia de Buenos Aires como unidad aprehensible, abarcable, como microcosmos de la nación. Es decir, lo que se reproduce es aquel esquema originado en la obra de Sarmiento, la interpretación *pampeano-céntrica*: la llanura pampeana como epicentro y síntesis de la nación. Si se toma como parámetro lo que se considera más “característico” de la literatura argentina, la idea se sostiene: salvo algunas excepciones la literatura argentina, ante los ojos del mundo y en lo que respecta a los cánones de nuestra cultura, se ha concentrado prioritariamente en la literatura producida *en* Buenos Aires y que trata *sobre* Buenos Aires, y aquella que se prolonga en los espacios de la llanura que rodean a la ciudad.<sup>30</sup> En este sentido, la zona rural y pueblerina de la llanura de la provincia de Buenos Aires puede considerarse de alguna manera una extensión de la ciudad de Buenos Aires en tanto juntas conforman toda una *zona pampeano-céntrica* que ha ocupado un lugar privilegiado en la literatura argentina, ya sea como literatura urbana o rural, respecto del resto del país. Desde este punto de vista, la primera y segunda serie de escritores delineadas pueden reconsiderarse como parte de un mismo grupo.<sup>31</sup>

De allí que lo que aquí nos proponemos represente un *desafío*: centrarnos en la tercera serie mencionada para indagar los alcances de sus representaciones, tanto de la relación entre Buenos Aires y el interior como así también sobre la idea misma de *interior* y de nación, en producciones que se realizaron por representantes del interior y que hablan,

<sup>27</sup> Cuando hablamos de cómo han sido leídos, nos referimos sobre todo a como han sido abordados por la crítica literaria reunida en las historias de la literatura argentina escritas casi en su totalidad en Buenos Aires y por críticos porteños (o a lo sumo rosarinos) o insertos en el circuito académico porteño. Esta serie debería ser contrastada con los modos de leer a estos autores en sus provincias de origen, en qué series se los inscribe, qué aspectos se destacan de su literatura, etc.

<sup>28</sup> Cfr. Franco MORETTI, *Atlas de la novela europea (1800-1900)*, México D.F., Siglo XXI, 1999, p. 5.

<sup>29</sup> Cfr. Martín PRIETO, *Breve historia de la literatura argentina*, Buenos Aires, Taurus, 2006, p. 350.

<sup>30</sup> Y esto alcanza no sólo a las lecturas impartidas desde Buenos Aires o el exterior: en provincias como Tucumán la carrera de Letras presenta la materia *Literatura Argentina* con los autores canónicos mayoritariamente porteños y tiene otra materia, opcional, denominada *Literatura del NOA* para abordar a los escritores de las provincias del norte.

<sup>31</sup> No obstante, es preciso aclarar que esta nueva versión de la zona pampeano-céntrica contiene en su seno tensiones que imposibilitan una síntesis absoluta de ese territorio. Entre los dos espacios que conforman dicha zona se encuentra el conurbano bonaerense, cuyas imágenes distan, ya en esos años, de los prósperos campos característicos de la llanura pampeana. Si bien en los años 60 esta zona intermedia aún no se recorta tan nítidamente desde la literatura, algunos textos tempranos como *Villa Miseria también es América* de Bernardo Verbitsky, dan cuenta de la incomodidad que este cordón representa para Buenos Aires.

precisamente de ese mismo *interior*. De alguna manera se trata de una superposición de dos espacios: uno imaginario y otro histórico.

Ahora bien, si atendemos a las provincias de donde provienen los escritores de esta última serie, percibiremos que no se trata del *interior* sin más. De hecho, la literatura (como así también la cultura, el tono, la atmósfera) del llamado interior no es una masa idéntica y unívoca posible de oponer como un todo a la literatura porteña. Está conformada por matices y diferencias intrínsecas a la distinción entre grandes y pequeñas ciudades, entre los distintos pueblos, entre regiones. Es decir, las diferencias no sólo existen entre el interior y Buenos Aires y la provincia de Buenos Aires: tampoco es lo mismo proceder de una provincia como Jujuy, Neuquén, Chubut o Córdoba, de una gran ciudad o de un pequeño pueblo en una provincia alejada de la metrópolis. Hay cuestiones vinculadas a las condiciones culturales, económicas, históricas, incluso fisionómicas de una región que generan dificultades a la hora de hablar indiferenciadamente de *literatura del interior* o *regional* como se la suele llamar (del mismo modo que la denominación *interior* no encuentra un referente unívoco sino que remite a una realidad inexorablemente heterogénea). Existen entre dichos espacios diferencias que no niegan la posibilidad de vincular autores de distintas provincias desde determinadas perspectivas (del mismo modo que autores de diversas épocas han sido leídos como parte de un mismo corpus) pero que sí exigen la precaución necesaria para evitar el riesgo de reducir sus expresiones a *lo mismo*. Pues de lo contrario, se estaría clausurando la posibilidad de que esas diferencias habiliten nuevas lecturas.

Si procuramos precisar el contorno de dicha serie dentro de esa gran masa amorfa que se denomina *interior* para hacer de estos autores parte de un corpus, un *sujeto* significativo -y a su vez, conservando ese espacio de diferencia en el que se juega su propia identidad-, cabe señalar que, si bien ellos provienen de distintas provincias, todos ellos proceden de lo que Martín Caparrós denominó la *Primera Argentina*. En su crónica *El Interior*, Caparrós señala un modo en el que puede dividirse el país entre aquellas regiones desde Buenos Aires hacia el norte que *crearon* a la Argentina y aquellas otras al sur que fueron *creadas* por la Argentina. Así, provincias tales como Salta, Tucumán o Córdoba existían antes de que la idea de la Argentina existiera y de algún modo *la formaron*.<sup>32</sup>

En este sentido, todas las series en las que se vinculó a estos narradores de los 60, en los que se distingue ese tono particular para narrar la realidad de sus regiones, incluyen *exclusivamente* autores de esas provincias que podemos llamar *constituyentes* de la Argentina. Pertenencia a esa *Primera Argentina* entonces que podría leerse retrospectivamente como hipótesis subrepticia en la confección de las series ensayadas por la crítica, como aquello que habilita el trazado de lazos de afinidad entre dichas narrativas. Se trata pues de una *regionalización* particular del territorio argentino desde una perspectiva tanto histórica como literaria. Y de esta manera, nuestra tercera serie podría redefinirse como *literatura de cierto interior*, o bien, *literatura de las provincias de la Primera Argentina*.

En el marco de esta tercera serie, nos centraremos en el modo en que la relación Buenos Aires-interior, y el fenómeno de la migración interna en particular, encarnan específicamente en *La ciudad de los sueños*, única novela de uno de los principales referentes de este grupo, el tucumano Juan José Hernández.

<sup>32</sup> Cfr. Martín CAPARRÓS, *El Interior*, Buenos Aires, Planeta, 2009, p. 10.

## Cruzar la frontera

En las primeras páginas de *La ciudad de los sueños* el interior queda asociado a un ambiente asfixiante mientras que la capital aparece como el reino de las posibilidades. La protagonista de la novela, miembro de la aristocracia tucumana venida a menos, abandona a mediados de la década del 40 la monótona, tradicional y anquilosada realidad provinciana hacia lo que ella ve como la única salvación: la ciudad de los sueños, Buenos Aires.

El texto está formado por una variedad de narradores a partir de la cual muchos sucesos son narrados dos veces. Duplicación que permite contemplar las variaciones ideológicas que diferencian al interior de Buenos Aires. Ahora bien, estos narradores pertenecen ya sea a la oligarquía porteña o a la provinciana, por lo cual podría pensarse que sus diferencias se borrarían frente al *alud* proveniente de las provincias en pleno auge del peronismo, que no tienen voz en la novela. La legitimidad social podría parecer entonces suficiente para separar a la protagonista de sus comprovincianos. Sin embargo, esta posible interpretación entra en tensión con algunos pasajes en los que se despliega el conflicto entre el interior y Buenos Aires como así también con el desenlace final de la novela.

Tal como señala María Rosa Lojo, la novela da cuenta de una percepción ambivalente que la sociedad de entonces (en pleno auge del peronismo) muestra sobre el interior.<sup>33</sup> Al huir de su provincia natal hacia Buenos Aires, Matilde, la protagonista, consigue empleo como traductora de francés en una revista de chismes de sociedad. Allí descubre cómo se ha puesto de moda el folklore norteco, incluso en los ambientes más refinados se busca destacar “las raíces de lo autóctono”. Al mismo tiempo, comienza a recibir elogios sobre su elegante *exotismo*. Matilde, aliviada con el equívoco, piensa: “Es una suerte que esa aceptación mundana no vaya unida a la moda por lo nativo, que a nadie se le ocurriera ver en mí la otra Matilde que también soy. Porque a pesar del éxito de las chacareras y del dulce de lima de Catamarca, no oigo sino hablar con horror de los cabecitas negras que están invadiendo Buenos Aires.”<sup>34</sup>

Este pasaje recuerda lo que el mismo Hernández cuenta sobre su llegada a Buenos Aires y el modo en el que él mismo experimenta la ambigüedad de la actitud porteña hacia lo provinciano. Mientras desde la revista *Sur* lo motivan a escribir cuentos sobre Tucumán, en reiteradas oportunidades le sugieren que no diga que es tucumano, “total no lo parecés”, le dirían.

Si bien el mencionado desligamiento de la protagonista de sus comprovincianos pareciera efectivo dado su pasado aristocrático, finalmente llegará el desencanto. Esto se desencadena tras el encuentro sexual con su pretendiente porteño: “Pronto olvidó que yo era su reina egipcia para llamarme en voz baja ‘Negrita’. [...] ‘Perdoname. No sé lo que me pasa. Habré bebido demasiado.’ [...] ‘‘Negrita’ me llamaba para excitarse. Y yo ahí echada como una perra sumisa y temblorosa.”<sup>35</sup>

Lojo señala que esta escena da lugar al autorreconocimiento de la protagonista y el descubrimiento de la posición de un interior que no ha dejado de ser *bárbaro* para la metrópolis.

<sup>33</sup> Cfr. María Rosa LOJO, “El migrante interno en la narrativa argentina contemporánea”, *Alba de América. Revista Literaria*, Costa Rica, Instituto Literario y Cultural Hispánico, vol. 16, núms. 30 y 31, Julio 1998.

<sup>34</sup> Juan José HERNÁNDEZ, *La ciudad de los sueños. Narrativa completa*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo, 2006, p. 90.

<sup>35</sup> *Ibid.* pp. 113-114.

“Soy para ellas como una pariente pobre, boquiabierta y a la vez conmovida de que le permitan contemplar de cerca sus esplendores. Me encuentran un tipo exótico, hindú o mexicano. No les recuerdo la indiada del interior que ha dejado la plantación de caña o de maíz para venir a enseñar sus harapos y a refrescarse los pies en las fuentes de la Plaza de Mayo. Porque esos desposeídos que en sus valles miserables y distantes encarnan la raíz de lo popular, el genio de lo autóctono, se convierten de inmediato en aluvión zoológico, en chusma invasora si pretenden participar del festín de Buenos Aires.”<sup>36</sup>

La cita permite evaluar la percepción que la sociedad porteña del momento tiene, según el autor, sobre ese interior que representa, una vez más, una *amenaza*. Y sobre cómo lo perciben y sienten aquellos que llegan a Buenos Aires. Nuevamente, la vieja idea de barbarie identificada con el interior reaparece: la *especialización de la barbarie* de Sarmiento, reconfigurada. En cuanto se traspasan los límites, las fronteras espaciales y simbólicas que separan a Buenos Aires del resto del país, ese interior, autóctono y pintoresco, se vuelve indiada, invasión, *barbarie ominosa*.

Según Freud, una de las definiciones de lo ominoso (*unheimlich*) consiste en ser una variedad de lo terrorífico que se remonta a lo familiar (*heimlich*). Ominoso es todo lo que, estando destinado a permanecer en secreto, oculto, ha salido a la luz.<sup>37</sup> ¿Qué es, en el contexto de la novela, aquello que, destinado a permanecer oculto, se ha mostrado? Se trata de una nueva configuración de esa *tercera entidad* advertida por Sarmiento: es la *hybris* que, en tanto resultado de la efectiva *mezcla* de los términos en conflicto, amenaza la dicotomía de lo real como principio explicativo. Es el mismo *exceso de vida* que encarnó en caudillos como Facundo y que ahora se ha transfigurado en las multitudes que desde las provincias invaden la ciudad. En palabras de Bernardo Canal Feijóo: “la vieja metáfora sarmientina que se representa a las campañas volcándose sobre las ciudades, llega pues a tener una realidad literal.”<sup>38</sup>

La irrupción de esa masa es vista por Buenos Aires como el *desocultamiento* de su otra cara, como el traspaso de una frontera que históricamente dividió aquello que era comprendido como *esencialmente* diferente. Es decir, Buenos Aires y el resto del país. Se trata del develamiento del *tabú* del que habla Martínez Estrada, aquello que, por más que se intente ocultar, en el fondo somos: la otra cara de la ciudad, su reverso, *el interior*.

El contacto, la mezcla con lo otro es lo que horroriza. Pero a la vez, es el exceso de vida que seduce, que *excita*. Tanto a la pluma de Sarmiento como al porteño Paez en la intimidad con Matilde. La dicotomía no puede reducirse a un planteo maniqueo sino que en sus reverses esconde la irreductibilidad que la caracteriza.

En Buenos Aires, el provinciano encarna el lugar del *otro*, el que está *de prestado* gozando de los beneficios de la gran ciudad. *Cabecita negra*, *aluvión zoológico* y tantos otros apelativos peyorativos, en gran medida forjados literariamente, dan prueba de ello. Pero ese *otro* no es cualquier provinciano. Hernández de hecho no lo es, y la misma Matilde tampoco. O, mejor dicho, no lo *parecen*. La novela permite pensar en diversas series que se cruzan en torno a la construcción de “lo provinciano” desde esa reconstrucción que

<sup>36</sup> Ibid., p. 116.

<sup>37</sup> Cfr. Sigmund FREUD, “Lo ominoso (*Das Unheimlich*)”, *Obras Completas*, Buenos Aires, Amorrortu, vol. 17, 2006, p. 224.

<sup>38</sup> Adrián GORELIK, “Buenos Aires y el país: figuraciones...” cit., p. 152.

la novela presenta de la mirada porteña. Se trata de aquellos que son del interior pero además *pobres, negros* y, como si una cosa implicara la otra, *peronistas*.

### Cuestión de piel

Al poco tiempo de llegar a la capital, Hernández comienza a percibir el odio y el rechazo que los porteños profesan por los hombres y mujeres humildes que han llegado a Buenos Aires desde el interior. En una entrevista cuenta:

“Cuando yo escribo la novela me doy cuenta de todos los malos motivos que existían hacia el peronismo, de esa cosa tan racista, del odio hacia los cabecita negra. Yo decía en la revista *Sur*, en forma de chiste: y yo que soy cabecita negra; y mis amigos me replicaban: vos no lo sos, Juan José. Y yo insistía: pero si yo nací en Tucumán, que querés que tenga plumas, arco y flecha para parecerme; yo también soy provinciano, soy tucumano.”<sup>39</sup>

Cuenta a su vez que trabajando en el diario *La Prensa*, casi se hace peronista ante el rechazo que le provocaba el exacerbado gorilismo que allí se exhibía. Es decir, en tanto a los *cabecita negra* provenientes del interior se los identifica con el peronismo, Hernández se replantea su propia posición frente a ese fenómeno político. Esta identificación (cabecita negra = provinciano = peronista) en gran medida responde a lo que el historiador Ezequiel Adamovsky sostiene: si bien el tema del color de la piel no formó parte de los discursos peronistas, se coló de manera implícita en la cultura peronista.<sup>40</sup> Esto lo lleva a preguntarse si acaso dicho movimiento político pudo ser un canal de afirmación de los argentinos cuyos rasgos no se correspondían con los que postulaban los discursos de la nación blanca europeizante característico del proyecto político de las elites. En este sentido, tanto la crítica como la defensa del *cabecita* se hizo extensiva en esos años al peronismo. En la novela leemos, “La ex actriz que como dicen tiene la sartén por el mango y a quien temen y aborrecen con el mismo odio de esta ciudad por los provincianos que día a día le quitan su fisonomía europea.”<sup>41</sup>

Y esta defensa o afirmación de lo no-europeo podía ser reivindicada por sujetos de origen o antecedentes europeos. Tal es el caso de Hernández, quien despliega en su obra narrativa la necesidad de nombrar en otros términos aquello que se circunscribe a la conceptualización de los autodenominados “nosotros”, civilizados, propiamente “argentinos”, que reducen el espacio de los denominados “otros” a un *interior* indiferenciado, bárbaro.

Por otra parte, dicha novela se publica en 1971, es decir, pocos años después del cierre por decreto del gobierno de facto de Onganía de casi la mitad de los ingenios azucareros tucumanos. Determinación que dejó a miles de trabajadores sin su fuente de trabajo, provocando el éxodo interno de unos 200.000 tucumanos, muchos de los cuales llegan

<sup>39</sup> Conrado YASENZA, “Juan José Hernández. El escritor irreverente”, *La tecla Eñe. Revista digital*, año II, núm. 10, Octubre-Noviembre 2003.

<sup>40</sup> Cfr. Ezequiel ADAMOVSKY, “El criollismo en las luchas por la definición del origen y el color del ethnos argentino, 1945-1955”, *E.I.A.L.*, vol. 26, núm. 1, 2015.

<sup>41</sup> Juan José HERNÁNDEZ, *La ciudad de los sueños...* cit., p. 116.

a Buenos Aires y sólo hallan lugar en villas miserias de la ciudad y el conurbano. En ese contexto, en el cual nuevamente cobra visibilidad la tensión entre porteños y provincianos, Hernández escribe su novela. La elección del contexto histórico de los primeros años peronistas podría leerse como la captación del artista de un momento histórico clave en el que la escisión de la nación cobró fuerzas renovadas.

Por su parte, sobre el final de la novela, la protagonista rompe con los parámetros morales de la gente que la rodea pertenecientes a la mentada clase media *decente* para abrirse a una nueva experiencia:

“Yo buscaré otro camino. Aún no sé cuál, pero por empezar apartaré de mi vida la palabra decencia que me condena a la mediocridad y a la pobreza. [...] La decencia y las recompensas celestiales son fábulas de pelagatos. Con ellas los ricos mantienen un orden que los favorece. Yo quiero los bienes de la abundancia y del amor, aquí y ahora. Y lucharé para lograrlos con todo el odio de que es capaz mi corazón.”<sup>42</sup>

## Escalas

Si Sarmiento escribe el *Facundo* desde el extranjero, Hernández empieza a escribir tanto sus cuentos como su novela cuando llega a Buenos Aires. Esto es, sólo podrá dar cuenta de la realidad de su provincia cuando toma distancia de ella. Su recorrido desde la provincia a la capital -el mismo que realiza la protagonista de la novela- le permitirá encontrar las palabras para describir lo que se vive en su Tucumán natal como también dar una visión acerca de lo que acontece cuando los *otros internos* llegan a la capital. Su lugar de enunciación está atravesado por ese recorrido en el espacio.

Por otra parte, además de esta actitud porteña ambivalente frente al provinciano, en su narrativa se pueden trazar distinciones al interior mismo de la provincia que complejizan la reducción de la realidad a un binarismo claro y distinto. Una cuestión de *escala* que ofrece nuevas distinciones.

Dentro de la ciudad de San Miguel de Tucumán, por ejemplo, la distancia respecto de la plaza principal implica todo un juego de distinciones sociales: estar cerca o frente a la plaza denota un mayor poder económico y reconocimiento social. A medida que los relatos se alejan del centro, la opulencia deja lugar a la pobreza. Hernández así da cuenta de un *imaginario geográfico* que opera al interior de la sociedad tucumana, que implica todo un sistema de pertenencias y exclusiones, incluso enemistades. La presencia o ausencia del asfalto o de la luz eléctrica también cumplen una función demarcativa en lo espacial y en lo social. Esas líneas divisorias son un límite tanto imaginario como concreto que opera para los que están más acá como para los que están más allá de esa frontera. Traspasarla significa una violación al orden instaurado, una provocación que deberá pagarse caro.

Del mismo modo, el tema del color de piel también se presenta como factor de discriminación al interior de la provincia. La protagonista de hecho sufre dicha estigmatización dentro de su propia familia. Hija del apodado *Inglesito*, quien, según la abuela, “cayó en la trampa del demonio al casarse con una mujer que llevaba en sus

<sup>42</sup> Ibid., p. 117.

entrañas la herencia del mestizaje.”<sup>43</sup> Fruto de esa relación nace Matilde, cuya herencia *mestiza* parecería jugar su propio determinismo en términos de su abuela, portadora del discurso de la gente *decente* de la provincia: “ojos achinados, taimados, *mestizaje* del alma.”<sup>44</sup>

Todos estos elementos complejizan la oposición entre Buenos Aires y el interior, despliegan un abanico de posibilidades antes de cerrarla en un binarismo ciego y estanco. La diferencia de escalas, la movilidad de los centros respecto de las periferias, la posibilidad de la mezcla, la atracción por lo híbrido, son todos elementos que han de considerarse a la hora de pensar en los nuevos términos de la escisión y en la posibilidad (o el sentido) de sostener la figura de Buenos Aires-interior para pensar, al menos, en esta novela de principios de los 70.

### Modos de lo infernal

A propósito del análisis de una película de los años 90, *Mala época*, Gorelik señala ciertas características de la relación entre el interior y Buenos Aires que de alguna manera se encuentran ya prefiguradas en la novela de Hernández:

“Tanto el interior rural como la metrópoli se han convertido en máquinas de expulsar, lugares sórdidos, sin esperanzas. Por lo tanto, ni la ida ni el regreso pueden tener un carácter liberador, sino de condena. Si [...] la ciudad ha vuelto a ser considerada un lugar duro, de discriminación y rechazo, de naturalización de su paisaje y de fragmentación urbana y social, su agregado fundamental es que ya esa ciudad no ofrece contrafiguras: ni el campo, ni el interior, ni sus habitantes, ofrecen ningún refugio.”<sup>45</sup>

¿Qué pasa en el contexto de la novela de Hernández, escrita a comienzos de los 70? En la novela, venir de la provincia y ser pobre significa acarrear un estigma. Pero Buenos Aires no es un paraíso para el que llega cargado de esperanzas ni el regreso a aquel interior augura un futuro mejor. En este sentido, interior y Buenos Aires terminan siendo versiones de lo infernal. Y, sin embargo, *no son lo mismo*. La persistencia de un imaginario porteño cargado de resistencias contra ese interior que llega a la ciudad permite sostener cierta vigencia de la idea de *las dos Argentinas* en el modo en que los personajes *sienten* la realidad. Una idea que, tamizada por la literatura de los 60, acarrea a modo de capas nuevas implicancias, nuevos repliegues que la complejizan mas no la anulan.

En la novela, como así también en gran parte de los relatos de los escritores de la mencionada tercera serie, se puede percibir la construcción de una *voz propia* y original en el terreno de la literatura del *interior* en la que no se encuentran elementos que fomenten un *maniqueísmo ciego* entre Buenos Aires y el resto del país en un momento en que se percibe

<sup>43</sup> Ibid., p. 21.

<sup>44</sup> Ibid., p. 19.

<sup>45</sup> Adrián GORELIK, “Buenos Aires y el país: figuraciones...” cit., p. 161. Tras este diagnóstico, la conclusión a la que llega Gorelik es que la figura de *las dos Argentinas* puede ser vista, a fines de los 90, sólo como una figura consolatoria, pues o bien supone que el interior guarda los valores imprescindibles de la nacionalidad o bien porque sostiene que Buenos Aires es una gran ciudad a expensas del resto del país.

la cristalización de algunos sentidos en torno al provinciano. Sus relatos no presentan una oposición sin mediaciones, la cual podría inscribir una antinomia absoluta entre civilización (Buenos Aires) y barbarie (el interior) o bien asociar la realidad provinciana a cierta melancólica idea de pérdida del origen por parte de los que migran hacia la gran ciudad. Sin embargo, las diferencias en el imaginario persisten, y algo de esa figura que contrapone a Buenos Aires con el interior perdura (con todos los matices y reescrituras que hemos repasado) más allá de la confección de otras figuras tal vez más propicias, más acertadas para pensar tanto los 60 y 70 como otras nuevas para pensar nuestro propio presente.

### Consideraciones finales

Así llegamos al final de estas reflexiones sobre el devenir de determinadas construcciones de sentido en relación a la idea de espacio dividido de la nación a partir de dos obras en particular de dos intelectuales. *Intelectuales* puesto que, tanto Sarmiento como Hernández ofrecen, desde diferentes estrategias de escritura, una interpretación de dos fenómenos políticos, sociales y culturales de los que de alguna manera son testigos. Y estos dos fenómenos, rosismo y peronismo, aunque separados por un siglo, han compartido el carácter de lo excepcional, lo innombrable con los saberes instituidos. Es el acontecimiento político (pero también social y cultural) que impone la necesidad de ser pensado en su *singularidad*. Como así también los cambios que ambos implicaron en cuanto al imaginario territorial de la nación.

Las reformulaciones de la escisión a lo largo de los años no son negaciones unas de otras: cada nueva representación se adhiere al modo de *capas* de sentido a las estructuras significantes que han dado forma a nuestra realidad a lo largo de dos siglos. De allí que, si por un instante aceptamos la idea -tal como señala Gamerro propuesta por Oscar Wilde- de que la vida efectivamente *puede* imitar al arte,<sup>46</sup> y recordando que antes deslizamos la hipótesis de que todo ensayo y toda obra literaria argentina podría leerse a la luz del *Facundo*, podríamos preguntarnos si acaso la realidad argentina toda, desde Sarmiento para acá, no puede leerse en clave sarmientina. Esto es, si nuestra realidad finalmente no cabe en las páginas de esa gran obra que es el *Facundo*; si no es, en definitiva, una encarnación de esa misma antinomia que, pese a las transfiguraciones, no ha dejado de latir en lo más profundo de nuestro ser nacional.

<sup>46</sup> Cfr. Carlos GAMERRO, *Facundo o Martín Fierro. Los libros que inventaron la Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2015, pp. 12-13.

